

Daniel Meurois

El no deseado
Encuentro con el niño
que no pudo venir



Daniel Meurois

El no deseado

Encuentro con el niño que no pudo venir



Ediciones
Luciérnaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Le non désiré... rencontre avec l'enfant qui n'a pas pu venir*

© Éditions Le Perséa, Canada, 2003

© de la traducción: Berta Sanz Cuñat

© de las fotografías de cubierta: Shutterstock

Diseño de cubierta: Adrià Moratalla Castro

Primera edición: abril de 2003

Primera edición en esta presentación: junio de 2015

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2015

Ediciones Lucièrnaga

Pedro i Pons, 9-11, 11.ª pta.

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-15864-62-2

Depósito legal: B. 7.512-2015

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

I. Entre dos mundos

He dejado transcurrir dos días. Una especie de intuición me dice que he de tener paciencia. Sé que no debo precipitarme, pues no se puede entrar de golpe y de cualquier modo en lo más íntimo del corazón de un ser, ni siquiera con el pretexto de que es por una buena causa, como podría yo decir con egoísmo.

Pero ahora noto que ha llegado el momento. Relajación profunda, respiración intensa..., y heme aquí en camino, sobre un hilo de luz, al encuentro de Florence. Es como un hilo tendido entre nuestras consciencias, una especie de esclusa en la que me sumerjo de pronto para salvar en un instante la sensación de distancia que nos separa.

—¿Florence?

Me dirijo a un océano de claridad, a un espacio luminoso que me rodea por todas partes. Al mismo tiempo que la formulo, me doy cuenta de que mi llamada no tiene razón de ser. Es inútil. La mirada azul del ser que busco ha ocupado inmediatamente todo mi campo de visión.

Desearía alejarme un poco, verla desde cierta distancia para captar todo su rostro, tal vez su silueta. Imposible. La mirada de Florence está clavada en la mía, casi es interior a la mía, y la percibo como tras una lupa.

—Estoy tan... dispersa —murmura la voz que brota de esa

mirada—, tan... dolida. No sé cómo decirlo. Ni siquiera sé si tengo cuerpo.

—En cualquier caso, tienes ojos, ¡te lo aseguro!

La idea me ha venido de pronto. He forzado adrede el tono un poco festivo para alejar las nubes.

—¿Has dormido durante todo este tiempo? Han pasado dos días enteros, ¿sabes?

—¿Dos días? Hubiera dicho... tres o cuatro horas. Parece como si se acabara de apagar la primera percepción que tuve de su presencia y que *alguien* acabara ahora de encender otra vez la luz. No, ¡no se vaya! ¡Es tan duro estar sola! Espere al menos a que me reúna. Tengo la impresión de que mis miembros se han dispersado, se han disuelto por completo. ¡Resulta tan penoso!

—¿Tienes dolor?

—No sé si puedo decir que sufro. Es... como una prisión. Me siento como si estuviera encerrada en la cabeza, como si el resto de mi cuerpo no existiera o estuviera anestesiado.

—¿Quieres contármelo todo? Creo que, si me permitieras conocer tu historia personal, poco a poco irían espaciándose los barrotes de tu prisión.

—Sí, contar. Eso es lo que me *han* dicho que haga. Lo intentaré.

—¿Te *han* dicho? ¿A quién te refieres, Florence?

—A mi familia y a mis amigos, a los seres que viven en el lugar de donde vengo. Ese lugar es como el reverso de la Tierra, ¿sabe?, como el negativo de una fotografía. Aunque más bien habría que decir lo contrario, porque no tiene nada de negativo. ¡Es mucho más luminoso, más verdadero! Por eso, cuando comencé a abandonarlo para descender, tenía la sensación de morir.

Florence se ha callado de pronto. Me doy cuenta de que le

hago meter el dedo en la llaga y de que la estoy acuciando demasiado para empujarla a hablar. ¿Ha captado mi pensamiento? Es posible, porque enseguida continúa.

—No. Está bien que hable de eso, así y ahora. Tiene razón, tengo que salir de la prisión en la que estoy encerrada.

—Entonces, ¿puedes decirme algo más sobre ese lugar, sobre tu familia y las circunstancias que te han hecho aproximarte a la Tierra? Háblame de tus recuerdos.

—¡No son recuerdos! Todo está vivo en mí, lo estoy viviendo ahora. A ellos en realidad no los he abandonado. Están ahí, ¡a dos pasos!, los adivino. Soy yo quien me he encerrado en otra realidad. He comenzado a descender para ir a vuestro mundo y ahora me siento bloqueada, en un peldaño cualquiera, entre dos universos. Sobre todo, tengo la impresión de haber sido traicionada. Eso es lo que me duele y hace que empiece a desmoronarme... después de tanta delicadeza, de tanta dulzura. Estoy disociada, ¿sabe? Sí, ésa es la palabra que mejor expresa lo que estoy viviendo. Además...

—¿Qué?

—Además... Desde que hago el esfuerzo de hablar con usted, noto que siento una cólera tremenda. ¡Hacía tanto tiempo que no sentía esto! Me da vergüenza. Pero no puedo evitarlo y me dan ganas de llorar. ¿*Por qué* han hecho eso?

Al pronunciar estas palabras, Florence casi ha gritado. Al menos yo las he percibido dentro de mí como un auténtico puñetazo. Su impacto ha creado un momento de silencio y su onda de choque ha repercutido inmediatamente en el espacio de luz que nos envuelve, que se ha apagado un poco. Al mismo tiempo, la mirada de Florence se ha velado, como si se hubiera corrido ante ella una cortina. Temo que quiera abandonar mi compañía y que se encierre en una prisión interior más densa que la actual.

—¿Florence?

Se sobresalta. Sus pupilas se dilatan un poco y aparece en ellas un ligero centelleo.

—¡Sí, siento verdadera ira! —continúa la voz dentro de mi cerebro—. Tengo la impresión de que sube en mí por oleadas. No sé si lo que me duele es eso, o es tener que renunciar a todo el bonito teatro que me había montado. ¡No hago más que dar vueltas sobre lo mismo! Es casi una sensación... física, ¿comprende?

Me gustaría poder abrazar a Florence, aunque sólo fuera un segundo, para consolarla y hacer que su presencia, que sigue siendo muy tenue, tuviera más vida.

¡Una mirada es todo y nada al mismo tiempo! En el espacio donde estamos habituándonos el uno al otro ni siquiera hay una mano que yo pueda tomar para ofrecerle un poco de fuerza y expresar lo que las palabras no pueden transmitir.

Sólo estoy seguro de que soy yo quien debe hacer avanzar la situación; de lo contrario, el alma de Florence podría hundirse en una rebelión que nos llevaría a un punto muerto. En primer lugar, debo atreverme a hacerle una pregunta que sé es dolorosa.

—¿A quién te referías cuando has dicho que *por qué habían hecho eso*? ¿A Emilia y Pierre? ¿O tal vez a los que te sugirieron que tomaras de nuevo un cuerpo?

Silencio otra vez. Al hacerle esta pregunta me estaba arriesgando a herirla, y, en efecto, temo que ha sido prematura e impertinente. Además, ahora ni siquiera capto su mirada. Se ha borrado; se ha diluido, podríamos decir, en el espacio lechoso que nos envuelve. No obstante, *algo* me permite adivinar que mi interlocutora está todavía ahí; lo que ocurre es que se ha encerrado en sus pensamientos.

Esta vez no la llamaré para atraerla hacia mí. Si se repliega en su jardín interior, será porque es demasiado pronto.

—Sí. Tiene usted razón. Será mejor que le cuente enseguida...

La voz de Florence ha irrumpido de pronto en el interior de mi cerebro cuando ya me disponía a retirarme.

—Puedo volver mañana si lo prefieres.

—¿Mañana? Eso no significa nada para mí. Como usted sabe, aquí no hay días ni noches, no pasa el tiempo. Le he dejado penetrar a usted en el espacio de mi consciencia, donde yo misma estoy. Si no hubiera en él alteración alguna, querría decir que algo en mí se estaba petrificando, y entonces tendría la sensación de morir de verdad.

—¿Como una gota de agua que se transforma en hielo poco a poco?

—Exactamente. Si mi pensamiento no hace más que dar vueltas sobre sí mismo y se cristaliza en torno a lo que acabo de vivir, me hundiré en una prisión de cólera y soledad.

»Necesito que alguien me hable, ¡y también hablar yo! Eso es lo que, en la Tierra, ustedes no comprenden cuando no quieren que alguien... Lo envían de nuevo al lugar de donde había venido sin haberle dicho nada, sin haberle ofrecido siquiera la ocasión de comunicar algo: una sensación, una palabra, una imagen. Lo despachan con un simple: «No te queremos», procurando no relacionar ese *te* con alguien que pudiera oír. De hecho, todos tratan de creer que no es *nadie*, apenas una larva tan pequeña como una pepita de uva o un hueso de aceituna. ¡Si al menos nos hablaran! ¡Si al menos no fingieran creer que no hay nada...!

Mientras expresaba su indignación, la mirada de Florence ha ido haciéndose cada vez más visible. Parece como si la ira hubiera hecho nacer en ella una especie de vida de la que antes carecía, como si la hubiera encarnado más, podríamos decir.

—Sí, voy a explicarle por qué estoy en esta situación y por

qué me encuentro ahora en un callejón sin salida, sin saber realmente quién soy, oscilando entre la indignación y la mendicidad. Ya ve, me siento como un mendigo de amor. Sin embargo, hace tres o cuatro meses de su tiempo estaba llena de esperanza.

—¿No esperabas que pasara lo que ha pasado?

—Pues... No esperaba ver una adversidad semejante.

—No has respondido en realidad a mi pregunta.

—Mire, es mejor que empiece desde el principio. Me ayudará a despertar de este horrible sueño, y usted lo comprenderá todo mejor. A decir verdad es una historia que no tiene comienzo, porque el principio del camino de un alma se pierde en la noche de los tiempos. Pero le contaré lo que todavía tengo cerca y puede resultar útil.

»Yo he vivido innumerables veces en la Tierra, como todos, y entre una vida y otra, he vuelto a ese mundo de reposo y suave luz que algunos llaman Devachán o Purgatorio.¹

»Como usted sabe, es allí donde recuperamos fuerzas, donde tratamos de curar las heridas del alma, donde recapitulamos sobre nosotros mismos, sobre lo que no hemos comprendido y lo que nos queda por aprender. Es también allí donde reunimos las herramientas de trabajo necesarias para preparar la siguiente vida que, pronto o tarde, se abrirá ante nosotros. No sé por qué digo la siguiente vida, porque, sinceramente, la sentimos más bien como una muerte.

»Siempre se pone en marcha el mismo proceso: en cuanto no queda más remedio que comenzar la metamorfosis, se apodera de nosotros la sensación de muerte; es como un reflejo de protección. El miedo a perder...

»Mi alma es femenina. La polaridad de mi alma está inscrita

1. Llamado también universo astral.

en lo que yo llamo... mi biología sutil, aunque por razones de aprendizaje y, por lo tanto, de evolución, ha aceptado tomar cuerpos masculinos de vez en cuando. Si le hago esta precisión es porque tiene importancia en mi historia personal. Es más, lo que estoy viviendo ahora está directamente relacionado con la última existencia que tuve como hombre.

—¿Quieres decir que eres consciente de que en aquella vida sembraste *algo*?

—Hagamos lo que hagamos, siempre sembramos algo. Pero, mire, no es tan sencillo. No vaya a creer que si ahora sufro es porque antes he hecho sufrir. ¿No le parece que es una ingenuidad entender el karma de esa manera?

Al oír a Florence hablarme así me dan ganas de sonreír. Se va animando. La siento más viva, casi dispuesta a derribar el muro opaco que forman las resistencias de su ser herido.

Por otra parte, se diría que su mirada, dilatada y como desesperada, se ha alejado un poco de la mía. Un poco más y podré adivinar los pómulos, las sienes, tal vez la frente, signos de que Florence habrá comenzado a percibirse a sí misma reuniendo sus elementos dispersos; en otras palabras, que va a definirse otra vez centrándose de nuevo en torno a sus recuerdos.

—Sí, ya veo lo que quieres decir con lo del karma. Piensas en un escenario pueril del estilo de: «Fue un asesino, de modo que si le niegan la vida es porque ha de pagar por lo que hizo».

—Eso es. Hay que rectificar ese tipo de... reflexión, de reflejo más bien, demasiado fácil. Resulta caricaturesco y cierra toda posibilidad al menor soplo de amor.

—¿Quieres decir que no deja lugar a la compasión?

—Sí, ésa es la palabra que no me atrevía a pronunciar. Escuche. Le estaba diciendo antes que en mi última existencia en la Tierra fui hombre. Tenía que aprender a afirmar determinados aspectos de mi personalidad, entre ellos mi capacidad de

decisión. Y, en el contexto que podía encontrar en aquella época, un cuerpo masculino me brindaba más oportunidades.

»Así que nací hombre, es decir, niño, y crecí en una familia relativamente acomodada. Mi padre dirigía una finca de labranza. A su lado aprendí el oficio: me enseñó a asumir responsabilidades y a dirigir a los trabajadores en medio de la constante y acuciante necesidad de tener que ocupar mi lugar en un contexto difícil, el de los años que precedieron a la última guerra mundial.

»Fue entonces cuando me enamoré de una chica del pueblo vecino. Nos enamoramos de verdad. Fue una pasión mutua que nos llevó a rebasar los límites admitidos en aquella época. No sabíamos tomar precauciones; así que, como se puede imaginar, mi amada se quedó enseguida embarazada. ¡Un drama! La guerra estaba a punto de estallar, yo iba a ser llamado a filas, el niño no tendría padre y nuestras familias verían conmocionados sus principios morales.

»Me enfadé con ella, aunque la verdad era que estaba asustado; le reproché que no supiera «cómo funcionaba eso», que no conociera su cuerpo. Me pasé varios días temblando. Lo recuerdo, casi no nos hablábamos.

»Yo no veía otra solución que la de deshacernos del niño. Recuerdo haber dicho: «Después de todo, ni siquiera es todavía un niño. Además, ¡nadie lo sabrá!». Suzanne se resistió al principio. No quería. Decía que sabría ocuparse de él aunque se quedara sola y que le importaba poco lo que dijera la gente.

»Pero yo no quise escuchar sus argumentos. Se me hacía un nudo en el estómago y tenía miedo. En aquellos momentos desempeñé realmente mi papel, el de un varón que había venido al mundo con la necesidad de afirmarse. Fui tan testarudo y persuasivo que acabé llevando a mi novia a casa de una de esas mujeres a las que entonces llamaban “hacedoras de ángeles”.

»Hizo lo que tenía que hacer con mucha rapidez; y, en efecto, nadie se enteró. Sólo la mirada de Suzanne reflejaba la tristeza que sentía y, ciertamente, una culpabilidad inconfesada.

»Unas semanas más tarde tuve que ponerme el uniforme, como me había imaginado. Me uní a no sé qué regimiento y no volví jamás. La guerra me tragó.

»Eso fue lo que pasó. Ahora ya sabe exactamente cuál fue la semilla que sembré. Yo no quise matar, no era un asesino.

Cuando la confesión de Florence estaba llegando a su punto álgido, empezó a aparecer su rostro. Ahora está ahí, ante mí, con su óvalo perfecto, dolido y apacible a la vez, como los de algunas pinturas italianas cuya contemplación nos causa tanta turbación.

Florence tiene los ojos bajos e intenta sonreír, como si, al confiarme su relato, se hubiera desembarazado de un gran peso. A su alrededor no hay más que luz. Sigo sin ver su cuerpo, porque para ella no existe. No tiene realidad en su pensamiento. La imagen mental que creaba su cohesión se disolvió en el momento en que fue expulsada del vientre de Emilia y de su atmósfera vibratoria. La idea que Florence tenía de sí misma en su realidad corporal se ha disgregado.

—¿No dice nada?

Mi interlocutora acaba de alzar los párpados. Ya no veo en el brillo de sus ojos la sombra de su exasperación; ha sido reemplazada, al parecer, por una profunda tristeza.

—Ya no soy nadie, ¿comprende? Aunque le he dicho que me llamaba Florence, eso no significa gran cosa. Fui Florence una vez, en una vida. Es un nombre que, en cierta forma, resume el color de mi alma; por eso es el primero que se me ha ocurrido cuando he tenido que decirle uno. Pero en el fondo no sé quién soy, ni dónde estoy, ni adónde voy. He abandonado mi lugar *arriba*, y me han considerado indeseable *abajo*. Estoy

como bloqueada entre dos puertas, ¿comprende? ¿Cree usted que mi clamor al menos servirá de algo?

Respondo a Florence con todo mi ser. Noto que surge de mí una especie de onda de calor. A menudo las almas comunican así cuando están fuera de su soporte carnal. Las palabras resultan demasiado pobres, aunque las enlacemos unas a otras siguiendo el hilo de nuestro pensamiento y acabemos, antes o después, atándonos a ellas.

—Escucha, tienes que contar todo lo que has vivido, hacerlo salir de ti, todo, hasta el último detalle. Así es como volverás a encontrarte a ti misma y conseguirás renacer; además, así es como harás llegar plenamente a otros lo que has llamado tu *clamor*.

Silencio otra vez. A veces percibo de un modo fugaz unas ondas luminosas que se mueven a nuestro alrededor. Me siento claramente en el centro de una burbuja, en una esfera por completo virtual, generada y modelada por la consciencia de Florence, en un mundo en el que hay un movimiento de masas de energía. No son exactamente presencias; más bien parecen olas, campos de fuerza que proceden de su actividad mental y de su universo emocional.

—Sí, creo que ahora lo comprendo mejor —susurra al fin el alma de Florence—. Usted quiere saber también cómo he vivido mi aborto, ¿no es eso? Acabo de darme cuenta de que ni usted ni yo habíamos pronunciado esa palabra hasta ahora. ¡Qué raro! Es lo que ha hecho que nos encontráramos, precisamente, y ahora parece como si tuviéramos miedo de pronunciarla. ¿Tal vez por miedo a hacerme daño? De todas formas, ya estoy dolida. Así que no me importa entrar a fondo en mi sufrimiento; tal vez así consiga quitarle vigor y hacer que sirva para algo.

»Mire, tener que abandonar al cabo de poco más de dos meses el embrión que se suponía iba a ser mi cuerpo puede parecer que no tiene importancia. Por otro lado, eso es lo que yo me

dije a mí misma cuando me arriesgué a aceptar como padres a Emilia y a Pierre. Ellos, por su parte, ni siquiera se han planteado realmente la cuestión. Desde su punto de vista, su amor no había hecho más que “prender la mecha” a una cosita microscópica que ni siquiera era carne todavía. ¿Cómo voy a estar resentida con ellos? A menudo los oí hablar.

—¿Fuiste a visitarlos con frecuencia desde que Emilia supo que estaba encinta?

—¡Ya lo creo, incluso antes! Desde el momento de mi concepción empecé a reunirme con ellos. Primero me deslicé en su aura común, sencillamente. Era para acostumbrarme a su olor. Sí, cada aura tiene un olor, y hay que habituarse a él. Todas las almas que van a nacer hacen lo mismo. Es como un mecanismo establecido por la propia Naturaleza, y también un modo de medir nuestras compatibilidades. Es un periodo mucho más importante de lo que se cree.

»¿Sabe? En el mundo del que vengo tengo una amiga que no pudo superar ese obstáculo. Había una especie de disonancia entre su radiación y la de sus padres potenciales, y al cabo de una semana de estar concebida dijo que no. Su alma entera se contrajo y se produjo un rechazo espontáneo. ¡La joven que debía ser su madre ni siquiera llegó a enterarse de que había estado embarazada!

»No hay que responsabilizar a nadie por esas situaciones, porque hay colores y perfumes que no casan en absoluto. A veces la Vida intenta crear puentes entre ellos, trata de aproximarlos para darnos la ocasión de disolver antiguas tensiones, pero muchas de esas tentativas fracasan porque sin duda son prematuras. Detrás de todo eso existe una química sutil y muy inteligente, que es difícil imaginar cuando no está uno metido en ese contexto.

»Para mí fue sencillo, porque el aura de la pareja que forman Pierre y Emilia me resultaba agradable y armoniosa. Al pene-

trar en ella tenía la sensación de deslizarme dentro de una túnica de seda. No podía hacer largas incursiones, desde luego, ¡porque era todo tan diferente del mundo del que venía y donde todavía estaba una parte importante de mi ser...!

»Sólo pude penetrar de veras en ella al cabo de tres semanas, cuando el corazón de *mi* embrión comenzó a latir, aunque también entonces fueron momentos muy breves. Así que iba y volvía de mi familia de *arriba* a la otra, a la que se suponía iba a ser la nueva. No estaba en absoluto dissociada ni separada de nada. Ése es uno de los sufrimientos que causa el aborto: el alma, al sentirse dispersa de pronto, no encuentra el hilo conductor para volver al lugar del que procedía, ¿comprende?

—¿Te sentías ya muy unida a tu pequeño feto?

—No estaba muy unida afectivamente, pero el vínculo físico era ya muy fuerte.

—¿Después de haber transcurrido sólo dos meses?

—Sí. Ya me lo habían advertido. Y ahora lo estoy comprobando.

—Pero ¿por qué dices «físico»? Hablas de tu alma como si fuera una realidad material.

—Cuando uno está en su alma, está también en una materia. Es otro concepto de materia, eso es todo. No sé explicarlo de otra manera. Es muchísimo más tenue, más ligera, y no obedece a las mismas leyes que la otra, pero eso no significa que no sea una realidad muy concreta. Además..., además interviene otra cosa.

—¿Te refieres al cuerpo etérico?

—Sí. Hay toda una red energética, un torbellino de fuerzas de la Naturaleza que hace que se teja en torno al embrión y, después, en torno al feto el esbozo del cuerpo que va a venir.²

2. Para más detalles, véase *Los nueve peldaños*, de Daniel Meurois y Anne Givaudan, Ed. Luciérnaga.

Habla usted del cuerpo etérico, pero es una palabra engañosa porque parece como si se tratara de algo inconsistente. Sin embargo, el etérico es... algo así como la electricidad.

»Imagínese un mundo formado por multitud de redes eléctricas extraordinariamente complejas y de intensidades diferentes. Así se hará una idea de cómo son las fuerzas que intervienen en los intercambios que tienen lugar entre el alma y el embrión que se encuentra en el vientre de una mujer. Todos los principios del universo se dan cita ahí.

»Y si ese entramado se viene abajo de pronto... es como si se hubiera producido un enorme cortocircuito. Por eso decía yo que era "físico" y que el impacto me había dispersado.

Florence ha bajado poco a poco los párpados. No me cuesta imaginar que está tratando de disimular unas lágrimas.

Lo que me llama la atención es su extraordinaria madurez. Quiero decir que tiene la lucidez de un ser adulto, lo que confirma el hecho de que los seres que se aproximan a la Tierra para nacer a través del cuerpo de una mujer no son vagas presencias incólumes o niños sin pasado. Son seres de pleno derecho, que lo viven todo según la apertura de su consciencia y el bagaje acumulado.

—¿Podemos continuar, Florence? ¿O quieres estar sola?

Mi interlocutora sigue cabizbaja durante unos momentos. Luego alza de nuevo la cabeza.

—No. La actividad de mi pensamiento me hace bien. Quédese. Creo que hablar a todos los que son *rechazados* es de vital importancia. Yo me siento ahora como un tejido al que no le quedara más que la trama vertical. Sí, eso es. Los hilos horizontales, todo lo que hacía que yo tuviera color, forma, identidad..., todo eso se ha deshecho de repente.

»¡El alma está tan unida al cuerpo! Cuando estamos en la Tierra, estamos convencidos de que el alma y el cuerpo nada tie-

nen que ver entre sí, creemos que pertenecen a dos mundos completamente distintos. Pero es todo lo contrario: están apenas separados por una línea tenue y permeable. Se diría que hay una red de hilos telefónicos tendida entre ambos, y todo lo que atañe a uno afecta al otro.

»Claro que, para poder comprender lo que intento explicarle, hay que estar convencido de la existencia del alma o saber, al menos, que el que va a ser aspirado fuera del vientre espera un poco de ternura. ¡Sólo un poco de ternura! ¿Es eso tan difícil?

La imagen de Florence empieza a desdibujarse una vez más. No puedo menos que pensar en el caracol que se esconde en su concha justo en el momento en que, por el contrario, tendría que avanzar.

Para sacarla del espacio de semi-consciencia dolorosa que todavía parece querer absorberla, le lanzo la primera pregunta que me viene a la mente.

—¿Y qué me dices de Pierre y Emilia? ¿Sabías si creían en algo? ¿El alma tenía para ellos algún sentido?

Me responde con una voz muy débil, como si saliera de los labios de alguien que está a punto de entrar en un gran laberinto y teme perderse en él.

—Para Emilia, sí. Bueno, en cierta forma. Cree que existe *algo*; pero ese algo es tan vago, tan difuso, que en la práctica no tiene consistencia alguna. Pero no se lo reprocho, porque he visto que no tenía ninguna referencia que le hiciera reflexionar un poco. En teoría cree en algo —como su madre, digamos—, pero todo queda ahí.

—¿Y Pierre?

—Él es otra cosa, lo he visto con claridad. Dice que no, que el alma no existe, pero no porque esté en contra de su existencia, sino porque le da miedo, sencillamente. Si de verdad se diera cuenta de que el alma es una realidad, su descubrimiento tras-

tornaría de tal modo su mundo interior, coherente en apariencia, que sería como el estallido de una bomba ante el que se sentiría como un niño desamparado. Tampoco se lo reprocho. Después de todo, es la misma situación en la que se encuentran la mayoría de las personas, como usted sabe. ¡No son tan adultos como parecen!

»Para no tener que afrontar sus temores deciden vivir con los postigos cerrados. Nunca se altera su horizonte, así que no hay vértigo posible; y, sobre todo, su falta de perspectiva los hace menos responsables. «Antes del cuerpo no había nada, y después de él, evidentemente, ¡tampoco!» ¿No es así mucho más sencillo? En medio de todo eso, un aborto no es más que un detalle técnico. Ya ve, ¡sólo he sido un detalle! Darse cuenta de esto ¡también hace daño al corazón!

La profunda mirada azul de Florence me llega directamente, como en los primeros momentos de nuestro encuentro. No sé si hemos avanzado un poco en el intento de superar su sufrimiento. Tengo la sensación de que debo mostrarme más firme. ¡Si al menos pudiera tomarla por los hombros para estar seguro de que no iba a entrar en el camino entorpecedor y anestésico de las víctimas...!

—Florence, antes me has dicho que sentías verdadera ira, pero después me has asegurado que no estabas resentida con Emilia ni con Pierre. Explícame.

—Sí..., bueno, ya no lo sé... Creo que estoy un poco resentida con ellos, sí. Lo que no acepto es que no quieran saber; eso es lo que hace la mayoría de la gente: cerrar los ojos cuando les conviene. No querer saber es una forma de no asumir las consecuencias de sus actos. Creo que es esa actitud la que me duele, y por lo que he aceptado confiarle a usted hasta el fondo de mi corazón. Espero que sirva al menos para que algunas personas tomen conciencia de todo esto y reflexionen.

»Creo que mis arrebatos de cólera están causados por la estupidez y la falta de amor. Se pueden aceptar muchas cosas, incluso hacer frente a muchos rechazos, si hay un mínimo de amor.

—Hace un momento me has comentado que sabías el riesgo que corrías al aceptar a Pierre y a Emilia como padres, y que te habían advertido de lo doloroso que te resultaría el rechazo aunque no hubieran transcurrido más que dos meses. Es decir, que tú ya sabías lo que te iba a pasar. Si ya lo sabías, ¿por qué te indignas ahora? ¿No es una contradicción? No lo acabo de entender.

—Ya lo sé. Pero no es tan sencillo. Se trataba desde luego de un riesgo, de una probabilidad. Cualquiera que sea la dirección que uno tome, siempre hay un margen de libertad. Y, aunque ahora me cueste reconocerlo, ese espacio de libertad es precisamente el que nos hace crecer.

»En realidad no estaba *escrito con antelación* que mis padres potenciales no iban a ser al final mis padres porque me rechazarían. Una parte de la prueba por la que debía pasar consistía también en aceptar la inseguridad, la indecisión. Y estuve de acuerdo. Cuando se ha vivido *arriba* durante algún tiempo parece todo tan sencillo... Se ven las cosas con ojos puros, se comprende su finalidad y uno se siente fuerte. Y muchos de los acontecimientos probables parecen aceptables.

»Por lo que a mí respecta, debo confesar que podría haber rechazado esa adversidad o haberla aplazado para otra vida.

—Pero quisiste librarte de ella enseñuida, ¿no?

—No, no. No era eso. Más bien fue una cuestión de orgullo. Quise demostrar ante los amigos que me guiaban, un poco por fanfarronería, que era lo bastante fuerte como para superar la prueba. Yo me dije a mí misma: «Me voy. Hay cincuenta por ciento de probabilidades de que vuelva al cabo de muy poco

tiempo. Si es así, sin duda sufriré un poco; pero, bueno, enseguida volveré». Tal vez me comporté como una estúpida. O tal vez ha ocurrido así porque yo era quien tenía que hablarle a usted de todo esto. ¿Quién sabe?

»Ya ve, tanto a un lado como al otro del espejo seguimos siendo seres humanos, con nuestras incoherencias.

—Al oírte hablar así..., se diría que hay una especie de complicidad, a menudo subconsciente, entre las dos laderas de la Vida, ¿no te parece?

Florence no responde enseguida. Veo de nuevo todo su rostro, como en un zoom que, al mismo tiempo, genera una onda luminosa de tonalidad rosa intenso.

—Sí. Eso es. Aunque todavía me cuesta reconocerlo, es cierto que, a un lado y otro del velo de la Vida, somos nosotros quienes sembramos todo lo que nos ocurre y todo lo que nos construye. No hay que culpar a nadie.

»Ahora me gustaría un poco de silencio y soledad. Necesito encontrarme a mí misma... e inventar de nuevo una columna vertebral para mi alma. ¿No le importa?